



M. C. ANDREWS

NUNCA ES SUFICIENTE

Una historia de amor a tres bandas

Nunca es suficiente

M. C. Andrews

Esencia/Planeta

© M. C. Andrews, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-84-08-13160-1
Depósito legal: B. 14.791-2014
Composición: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: EGEDSA
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Londres, unos meses antes

A pesar de que he nacido en Londres y de que me he criado en Inglaterra, para todos mis amigos siempre seré la italiana. Mi inglés es perfecto, obviamente, conozco los barrios de la ciudad casi mejor que cualquier taxista y puedo recitar partes enteras de *Romeo y Julieta* (en inglés y no en italiano). Sin embargo, siempre que mis amigos me presentan a alguien, lo hacen con alguna referencia a Italia.

Sin duda, mi aspecto físico tiene gran parte de culpa; siempre estoy morena y tengo los ojos y el pelo más negros que las alas de los cuervos que vigilan la Torre de Londres, además de demasiadas curvas y la afición necesaria a la pasta para conservarlas.

Años atrás, cuando conocí a Amelia, mi mejor amiga, en la cafetería de la facultad de Derecho, ella me dijo que estaba furiosa con el destino por haberla convertido en el estereotipo de la mujer inglesa, pues bien, yo, Marina Coffi, soy la viva imagen de la mujer italiana.

Aunque lo cierto es que aunque hubiese sido rubia, pálida y con los ojos azules, también se habría notado que provenía del Mediterráneo, de un lugar cálido y con carácter.

Mis padres se conocieron jóvenes y se trasladaron a Inglaterra por motivos de trabajo; los dos eran restauradores de arte. Supongo que podría haber nacido en cualquier parte del mundo, pero nací en Londres, igual que mis dos

hermanos, aunque soy la única que sigue viviendo aquí. Sandro y Federico están en Italia, sus carreras profesionales, o tal vez un gen relacionado con la añoranza, los llevó allí, y el señor y la señora Coffi se han retirado a la propiedad que la familia paterna tiene en la Toscana, donde siguen viviendo la abuela y una tía.

No suelo echarlos de menos, considero que tengo demasiado trabajo, demasiados amigos y demasiados compromisos como para añorar a mi insistente familia, pero aprovecho todas las vacaciones que tengo para ir a visitarlos.

Precisamente hacía tres semanas que acababa de volver de allí y todavía me dolían los oídos de la cantidad de veces que mi abuela, mi tía, y todo el pueblo, me habían preguntado por qué no estaba casada. Mi peor error, pensé mientras cruzaba la calle, fue contestar la primera vez que no creo en el matrimonio; que es una institución retrógrada que sólo sirve para etiquetar un sistema de emparejamiento caduco.

En cuanto terminó de oír esa respuesta, mi tía me miró y me preguntó por qué no tengo novio. Entonces lo dejé por imposible y decidí excusarme con el trabajo. Lo que es parcialmente cierto. Trabajo en una ONG especializada en Derecho medioambiental inglés, aunque también participamos en proyectos humanitarios de todo el mundo; siempre falta gente —y dinero— dispuesta a intervenir en algún conflicto.

Al terminar la carrera, estuve durante un tiempo en un gran bufete, pero no tardé en darme cuenta de que, si no me iba por voluntad propia, terminarían echándome; tengo demasiado carácter y carezco de la habilidad de morderme la lengua. Además, me revolvía las entrañas pasarme horas buscando el modo de que un multimillonario pudiese evadir más impuestos. En cambio, mi cargo en la ONG me va

como anillo al dedo; allí puedo ejercer el Derecho, defender mis valores y dar rienda suelta a mi carácter si la ocasión lo propicia.

A pesar de los interrogatorios sobre mi aparente incapacidad para atraer y retener a un hombre, había disfrutado de las vacaciones y regresé a la ciudad inglesa con el espíritu renovado y más contenta de lo que me había ido, porque mi antigua mejor amiga de la universidad, Amelia Clark, iba a mudarse a mi piso y viviríamos juntas de nuevo.

No había conseguido que Amelia aceptase un puesto de trabajo en la ONG, porque había sido contratada por el bufete más prestigioso de la ciudad, Mercer & Bond, gracias a que la madre de Amelia es íntima de Patricia Mercer.

Yo sabía que mi amiga los dejaría boquiabiertos. En la universidad había sido brillante y también sabía que sentía la necesidad de anotarse esa clase de logro. Pero al cabo de un tiempo, cuando hubiese probado los sinsabores de los grandes bufetes, tal vez la convenciera de que viniese a trabajar conmigo.

Hacía ya más de un mes de la llegada de Amelia a Londres y yo me alegraba de haberla invitado a vivir en casa y compartir piso; su presencia me hacía sentirme menos sola y me había borrado de la cabeza todas las tonterías que me habían dicho durante mis vacaciones en Italia sobre que iba a morir sola o rodeada de gatos.

Yo no necesitaba un hombre a mi lado para ser feliz; lo había intentado y siempre me había salido mal. Ninguno había sido capaz de serme fiel y cuando el último, además de acostarse con una médica en el trabajo, tuvo el detalle de vaciarme la cuenta, decidí que nunca más. No volvería a cometer el mismo error, no entraría en otra relación creyendo

que ésta tenía posibilidades de convertirse en una historia de amor. A partir de ese momento, pensé que cuando necesitase un hombre buscaría a uno con el que sólo tuviera que acostarme, o bien recurriría a uno que funcionase con pilas.

Estaba harta de que me utilizasen por mi cuerpo y que luego fuesen incapaces de respetarme lo suficiente como para no acostarse con otra. No tuve ningún trauma, ninguno de esos tipos infieles me había hecho nunca daño de ninguna clase, sencillamente, me cansé de pasar por idiota y de justificar que para mí la fidelidad tiene un valor. No quería que me regalasen un anillo en la primera cita, ni hacer ningún voto de castidad; lo único que quería era no encontrarme la ropa interior de otra mujer bajo el cojín del sofá de mi casa.

Dado que al parecer los hombres de mi entorno, y de los alrededores, carecían de dichos mínimos, me ponía a la defensiva cuando alguien flirteaba conmigo y hasta el momento había logrado mantener las distancias con todos los que lo había intentado.

Era sábado, Amelia y yo solíamos pasear por la mañana, ir al parque o a algún museo, y por la tarde descansábamos en el piso y nos preparábamos para la noche. O veíamos una película mientras compartíamos una pizza y una botella de vino. Pero ese sábado Amelia tenía una boda y yo lo destinaría a leer una buena novela o ir al teatro. Lo decidiría más tarde; de momento, estaba haciéndole compañía a Amelia e intentando tranquilizarla, ya que estaba muy nerviosa, porque sabía que a la boda también iba a asistir su ex prometido con su nueva pareja, mientras que ella iba a ir acompañada de un abogado al que había conocido en una exclusiva fiesta, semanas atrás.

Me alegraba mucho de que estuviese rehaciendo su vida con tanta facilidad y aunque Amelia insistía en que no se sentía atraída por su acompañante, yo esperaba que cambiase de opinión. Hasta que lo conocí.

Estaba en el dormitorio de ella, repitiéndole que estaba perfecta, cuando sonó el timbre. Yo, que llevaba vaqueros y una camiseta, fui a abrir. Esperaba encontrarme a un hombre atractivo y elegantemente vestido.

Amelia me había contado que la noche que lo conoció él iba disfrazado de El Zorro y el contraste entre la máscara negra con sus ojos azules y con el pelo rubio le había resultado cautivador. Por tanto, esperaba ver a alguien atractivo, de aspecto relativamente aristocrático, pero lo que descubrí al abrir la puerta fue a un hombre de mirada dura y misteriosa, con un cuerpo que parecía esculpido en mármol y con una fuerza interior tan grande que casi resultaba palpable.

Me sentí tan atraída por él tan de repente que me faltó la respiración.

Cuando la recuperé, el corazón me latió tan rápido que pensé que tendría que recogerlo del suelo.

—Hola, soy Rafferty Jones —se presentó él.

La voz sólo empeoró la situación, pues la sentí recorriéndome la curva del codo, el recoveco de la oreja. Un sinfín de reacciones demasiado intensas e inexplicables que nunca había sentido ante nadie.

—Adelante. Yo soy Marina Coffi, la compañera de piso de Amelia.

Me aparté de la puerta para dejarlo entrar y él se detuvo un segundo ante mí, aunque después reanudó la marcha sin decirme nada. Sin embargo, un hilo de atracción había aparecido entre nosotros y nos estaba envolviendo sin control.

Rafferty se detuvo educadamente frente a la mesa del comedor y se volvió hacia mí, no disimuló que su mirada se perdía fascinada en mi cuerpo y los ojos azules se oscurecieron hasta convertirse en sombríos océanos.

Se me encogió el estómago y tuve que morderme el labio inferior para no humedecérmelo con la lengua. Jamás una mirada me había afectado tanto y era injusto que su dueño fuese el hombre que casi con toda seguridad iba a enamorarse de mi mejor amiga en cuestión de días. Sacudí la cabeza y me dije que no tenía derecho a envidiar la felicidad de Amelia, y que yo, aunque todavía no podía explicar lo que me estaba sucediendo con Rafferty Jones, no quería meterme en ninguna relación.

Ella salió entonces, impecablemente vestida para la boda, y yo sonreí y me olvidé durante un segundo del calor que me recorría y presionaba el pecho. Amelia estaba guapísima y también muy nerviosa. Después de todo lo que le había sucedido, se merecía que un hombre tan brutalmente atractivo como Rafferty Jones se interesase por ella.

Los observé mientras se saludaban y vi, confusa, que entre los dos no saltaba ninguna chispa. Cualquiera mujer puede detectar la atracción, el deseo, o incluso el interés que flota entre una pareja en la que se sienten atraídos el uno por el otro. Entre Amelia y Rafferty no había nada, quizá el principio de una bonita amistad y algo de cariño fraternal. O tal vez eran imaginaciones mías, invenciones porque no quería que mi amiga pudiese pasar los dedos por el espeso pelo rubio que asemejaba a Rafferty al monarca de los felinos.

—¿Y usted, señorita Coffi, cómo pasará el sábado?

La voz de él me erizó la piel igual que unos segundos an-

tes y esta vez sí que me lamí el labio antes de contestarle. Él lo vio y entrecerró los ojos.

—Probablemente me quedaré en casa. Todavía no lo he decidido.

—Creía que esta noche ibas a salir —me dijo Amelia, cogiendo el bolso.

Rafferty mantuvo los ojos fijos en los míos. Podía sentir lo pendiente que estaba de mi respuesta.

—No, me quedaré en casa —contesté, sosteniéndole a él la mirada.

Era un reto, no sabía por qué, pero lo era, y quería superarlo.

Rafferty soltó muy despacio el aliento entre los dientes y flexionó los dedos de la mano derecha. El gesto sólo lo vi yo, porque Amelia se estaba retocando el pintalabios. Si hubiese podido reaccionar, le habría dicho algo a ella, pero cuando logré abrirme paso entre aquella extraña bruma de deseo que había tejido mi mirada con la de él, mi amiga y su acompañante ya habían partido hacia la boda.

Me pasé el día en el piso, disfrazando de mal humor lo que en realidad eran nervios y aprensión. A pesar de que las horas avanzaban, todavía podía sentir aquellos ojos azules en los míos y la tensión que había desprendido su cuerpo al pasar a mi lado.

Cuando Amelia volvió al anochecer, yo seguía en el sofá, intentando olvidarme de las reacciones que me había provocado Rafferty Jones. Ella se sentó un instante, con cara de cansancio y de cierta satisfacción. Fuera lo que fuese lo que había sucedido en esa boda, había valido la pena que asistiera y que se encontrase con su ex prometido. Seguro que iba a explicármelo.

—Rafferty me ha pedido tu número —fue lo que me dijo Amelia—. Te llamará.

—¿Qué?

—Y tú vas a quedar con él —afirmó levantándose.

—No digas tonterías, Amelia...

—Vas a quedar con él y no se hable más. Desde que he vuelto no dejas de repetirme que tengo que salir más, que tengo que atreverme a rehacer mi vida y conocer gente nueva. Pero tú te niegas a hacer lo mismo.

—No es verdad. Yo siempre estoy con gente, tengo muchos amigos.

—No, Marina. —Amelia caminó hacia su dormitorio—. Tienes muchos conocidos, y siempre estás con gente porque no te gusta estar sola. —Abrió la puerta—. Y porque así, rodeada por tu especie de club de fans, nadie puede acercarse a ti.

—¡Yo no tengo un club de fans!

—Pues entonces atrévete a salir sola con Rafferty cuando te llame, no te ocultes en medio de la manada, señorita Coffi.

—Mira, si te ha sentado mal ver a tu ex prometido, yo no tengo la culpa. —Me crucé de brazos a la defensiva—. Creía que te iría bien, que era una buena idea.

—Y tenías razón. Me ha ido muy bien, por eso voy a devolverte el favor. —Amelia se quitó los zapatos—. Vas a salir con Rafferty. Buenas noches.

—Buenas noches —farfullé, a pesar de que mi compañera de piso ya había cerrado la puerta del dormitorio.